

recibida tras sus prolongadas últimas confesiones, se postra de hinojos en el suelo y pide nuevos perdones celestes para su vida y plegarias nuevas religiosas para su espíritu. Por fin, habiendo estirado el tiempo más de lo posible, no había otro recurso que subir, y subir pronto, la escalera del patíbulo. Pero, apenas había puesto sus pies en el primer escalón, los verdugos le detienen para ceñirle y atarle ambas manos. Luis cree tal disposición un agravio supremo, como si toda su carrera no hubiera sido, amén de un tormento un insulto, y no quiere dejarse atar, pateando como un pobre niño, después de haber llegado hasta semejante término de su terrible suplicio como un verdadero héroe. Los verdugos, figuras mecánicas impulsadas por el resorte formible de la Convención revolucionaria, no desistían de su empeño, cumpliendo una consigna, de cuyos cánones no podían eximirse ni eximir al Rey sin caer ellos mismos en la guillotina. Mas Luis, por su parte no cedía tampoco. Y, como no quería ceder, habiendo tomado, cual suelen los devotos por propia voluntad y conciencia la voluntad y conciencia del confesor, al confesor miraba de hito en hito requiriendo le dijese lo que hacer debía en tal trance horroroso, en que los últimos de sus vasallos le trataban igual que si fuera el primero de los criminales. Firmont no sabía qué hacerse ni decirse bajo el imperio de tan trágicas circunstancias, cuando el cuerpo de su penitente oscilaba, como colgado de un cabello, sobre los abismos de la Eternidad. Mas, no obstante su perturbación, se le ocurrió una frase, acaso la única y sola que podía conmover al Monarca; y fué comparar su pasión á la pasión de Cristo, y encontrar semejante analogía más entre la muerte de Luis hecho reo, y la muerte de Dios hecho hombre, dando tal agravio, por lo que aconsejaba de nuevo la santa resignación. A tal paralelo se calló el cuitado y se dejó ligar las manos. Mas, ligadas las manos ya no podía subir por su propio pie al patíbulo, falto de los remos indispensables á su ascensión, falta, de que mucho se dolía, cuando intentaba subir á la guillotina como si al trono subiera. Por tal causa, la expresión de su dolor tomó un carácter muy trágico, mostrando en su mirar anublado por vapores de lágrimas y en su cuerpo azotado por sacudimientos de nervios que aquel minuto de amargura fué para él como un minuto en que se le anticipó la muerte con todas sus lóbregueses y en que se le abrió bajo las plantas del infierno, magüer su regia devoción y piedad. Mas aun quedó en aquel incendio algún rescoldo y alguna pavesa de esperanza, pues Luis, montados ya los escalones del patíbulo, si bien sostenido en el confesor que le servía de báculo, á pesar del estruendo levantado por los cañones, por los caballos, por los clarines, por las trompetas, por el oceánico rumor de la muchedumbre, habló al pueblo jurando su inocencia, sin que pudiese llegar una frase á tal monstruoso auditorio, quien sólo veía sus ademanes y sus gesticulaciones inútiles. Cuando se convenció de que nadie le oía y de que los verdugos trataban de acercarle á la guillotina por fuerza, dirigióse violentamente á ellos y les quiso convencer de que no le matasen, porque ningún francés tenía derechos sobre él, sobre su persona y su vida,

mientras él tenía privilegios enormes y heredados sobre todos los franceses. La tradición realista, en la cual hemos comprobado todas las afirmaciones de origen revolucionario, dice que Luis pronunció las siguientes palabras: «Muero limpio de todos los crímenes que me han imputado mis enemigos. Perdono á los causantes de mi muerte. En Dios confío que no caerá sobre la cabeza de Francia esta sangre que vais á verter, y se lo pido así á esta hora suprema. Y tú, pueblo infortunado...» De aquí no pudo pasar. El estruendo redoblado de los tambores cubrió por completo aquella intensa voz, que llegó á oírse por los espectadores aglomerados en el puente giratorio de las Tullerías. Aquí es donde la tradicional historia ó leyenda revolucionaria supone la intervención de Santerre mandando á los tambores exagerar hasta el último extremo posible sus redobles, y diciendo á Luis: «habéis aquí venido no para arreglar, para morir.» De todas suertes, al ver Luis cómo sus esperanzas se iban, quedóse inmóvil y no quiso dar un paso hacia el sitio donde la cuchilla debía caer sobre su cabeza. En vano los verdugos se asian á él para impelerle hacia el tajo; aunque murmuraba entre dientes ballarse perdido, no lo orea de ningún modo así aún, y forcejeaba con el destino, que le tendía la guadaña terrible de la muerte sobre su cabeza. Lo había de un modo estúpido engañado la fe monárquica, quien se imaginaba en aquel momento mismo provista de un dón de los milagros, á pesar de que se mostraba por modo tan extraordinario y con un acto tan singular el dogma de la igualdad así en los senos de las sociedades humanas como en los senos de la Naturaleza universal.

La Historia realista quiere que Luis no muestre sobre la cima del cadalso tales resistencias, ni tenga tales empeños en vivir á toda costa. Después de ponerle con cuidado en el regio labio las palabras antedichas, cortadas por el mandato de Santerre á los tambores, adquiere una transfiguración en la proximidad inevitable de su muerte y se dirige á la guillotina como los pascuales corderillos del sacrificio antiguo al encendido altar de los cruentos holocaustos. En este minuto la incansable y creadora leyenda monárquica inventa que Firmont, entre sus tribulaciones y sus angustias, á presencia del infame suplicio y del regio reo, habiale dicho á éste con voz entera é inspiración sublime: «Hijo de San Luis, subid al cielo». Con efecto, no podía darse resumen más bello de tragedia más grande. Un teatro inmenso, como el formado por los espacios conocidos con el nombre de Plaza de la Revolución; un decorado teatral en que los intercolumnios y los triángulos de piedra se mezclan á una con armonías materiales á los surtidores de las fuentes y los ramajes de las arboledas; unas exaltadísimas y embriagas muchedumbres, llenando aquel escenario, no sólo con su incalculable número, con sus increíbles pasiones; los soldados marseleses de la cruzada democrática, presentes allí con sus himnos y con sus armas, holgados al ver asegurada la pena capital por mano del verdugo vulgar é infame al verdugo coronado que los diezmó por mano de sus suizos la madrugada del diez de Agosto; aquí las secciones municipales, y allí los clubs demagógicos, todos en delirio; de

un lado los infantes y ginetes adscritos á la justicia nacional; de otro todos los cañones de las baterías, dispuestos para producir como volcanes ambulantes desaladoras erupciones; lejos, los jueces invisibles de la Convención y de la Comunidad revolucionarias, allí representados con sus emisarios y sus esbirros y sus ejecutores de las terribles órdenes que parecen dadas por un poder invisible como el poder de la fatalidad universal; en todas partes las blasfemias exhaladas por el odio de unos y por la piedad de otros; mientras en el centro, junto á un pedestal vacío y á una estatua en el suelo derribada, tres verdugos que atan á un coronado reo, el cual, erguido y majestuoso, transfigurado por las aureolas del martirio que le ciñe la muerte, se arrodilla bajo el cuchillo, y al recibir el golpe último, escucha del labio de su confesor, levantando los ojos y los brazos á las alturas, como un profeta: «hijo de San Luis, subid al cielo.» Pero los críticos modernos se resisten á tragar este trozo selectísimo de la epopeya, tradicional y monárquica. Para ellos no se dijo tal frase. Y la prueba de que no se dijo salta con sólo reflexionar como no la trae ningún periódico del día, cuando todos cuentan hasta las menores minucias del trágico proceso y de la sangrienta ejecución. Y según callan los periódicos del día en sus relatos del suceso, dirigidos á la opinión pública de Francia, cállanla también los relatos oficiales del día, dirigidos á las públicas autoridades. El primer esbozo de tal pensamiento apareció la misma semana de aquella horrorosa ejecución, esbozo puesto en una estampa extendida entre las muchedumbres realistas, que decía: «id, hijo de San Luis, id á la muerte; os aguarda el cielo.» Tal grabado, aunque se compusiera y tirara en fines del Enero del noventa y tres, no se conoció hasta fines de Marzo de igual año. Desde tal papel debió correr á las páginas de los historiadores, y desde las páginas de los historiadores ha corrido por el procedimiento verbal, que llena los aires y los espíritus de frases, á las lenguas vulgares de todo el mundo civilizado. Nada dice un personaje de la leyenda que debía encontrarse al cabo de todo, que debió escuchar y oír cuanto se hablara en tanto trance; nada el verdugo dice. Firmont refiere todo lo relativo á la triste agonía de Luis desde la cárcel del Temple hasta la cumbre del patíbulo; y no menciona la frase. Lo sabido, lo averiguado, lo puesto ya fuera de toda duda por la Historia es que Luis, perdida la esperanza en lo alto de la guillotina, fué presa de una cólera ciega, y de una desesperación súbita, las cuales contrastaban á una con su mansedumbre y su paciencia del Temple, que, mientras en la prisión se movía con la majestad superior de un monarca, en el tablado pateaba con la rabia de un muchacho resistiéndose al castigo; que las palabras estoicas, propias de Catón y de Epitecto, empleadas en realzar su agonía se trocaron en gritos desgarradores de mujer enloquecida por el miedo; que forcejeó bajo la cuchilla como si pudiera evadirse á su corte, y se removi6 para evitarla y con tal extremo que no le cayó en la nuca, lo cual hubiérale dado una muerte fulminante y fácil, cayóle sobre una mandíbula, dándole horribles sufrimientos y destruyendo el efecto de la serenidad subli-

...to
...ampa
Luis, id á la
... en fines del



Lit. - Felipe González Rojas - Editor

ADORACIÓN Á LOS RETRATOS DEL REY

me y sobrenatural aquistada en las horas de su proceso hasta el minuto mismo de su muerte. Inmóvil, mudo; trémulas ambas manos; caído, más que incado sobre las tablas; viendo como se resistía el reo al suplicio, no tuvo el confensor tiempo de pensar y proferir frase alguna que llegase á los oídos del penitente regio, de quien le separaron los verdugos arrastrando al filo de la cuchilla su regia presa como se arrastra un toro bravo y enfurecido á la muerte por los carniceros y por los matarifes de mucho pelo en pecho y de muchísimo puño en brazo. Así que la sentencia quedó ejecutada, Firmónt descendió del patíbulo y se marchó á casa del buen Malesherbes, en cuyo seno depositó sus impresiones, refiriéndole cuanto había pasado, y sin decirle una sola palabra respecto de la frase que le atribuyen la mayor parte de los historiadores y que le han á una confirmado la tradición y la leyenda. Pero ¡cómo se imponen los genios de la poesía y del arte al genio de la historia y de la crítica, cuando la poesía se apodera de las muchedumbres y entra en la conciencia popular! Inútilmente ha señalado la crítica los minutos de resistencia por que pasó Luis XVI antes de morir, minutos, que debían deslustrar toda su pasión y no la deslustran, porque la conciencia popular no ha querido admitir lo que al Rey destavorecía y ha consagrado como verdad inconcusa todo aquello que le favorece. Así ni Lamartine, ni Michelet, ni siquiera Luis Blanc, historiadores demócratas, y republicanos de la revolución, encontraron claras estas indicaciones acerca del desfallecimiento de Luis XVI en su postrera hora. Murió mártir y no resplandece más que su mártirio á los ojos de la posteridad. La corona sobrenatural, que le ciñera su muerte, no se le ha caído de la cabeza, como se le cayera la corona material que le ciñó su nacimiento. De un hombre ordinario y vulgar ha hecho el suplicio, convertido en Tabor de transfiguración, un hombre sobrenatural y extraordinario. Así, después de saber todas las minucias que acabo de contar, á su agonía relativas, aun queda la muerte de Luis entre las muertes más bellas contadas por los anales de la Historia universal. Inútilmente decimos y probamos que no se pronunció la frase de Firmont. Los pueblos y los siglos dirán, viendo al buen Luis XVI bajo la cuchilla y sobre las tablas á donde lo han llevado errores imperdonables y pasiones ciegas de la Revolución: «Hijo de San Luis, subid al cielo.»

